1630
Lima

María, matrona de la farándula

–¡Cada día tengo más problemas y menos marido! –suspira María del Castillo. A sus pies, el tramoyista, el apuntador y la primera actriz le ofrecen consuelo y brisas de abanico.

En el turbio crepúsculo, los guardias de la Inquisición han arrancado a Juan de los brazos de María y lo han arrojado a la cárcel porque lenguas envenenadas dicen que él dijo, mientras escuchaba el evangelio:

–¡Ea! ¡Que no hay más que vivir y morir!

Pocas horas antes, en la plaza Mayor y por las cuatro calles que dan a la esquina de los mercaderes, el negro Lázaro había pregonado las nuevas órdenes del virrey sobre los corrales de comedias.

Manda el virrey, conde de Chinchón, que una pared de adobe separe a las mujeres de los hombres en el teatro, bajo pena de cárcel y multa a quien invada el territorio del otro sexo. También dispone que acaben las comedias más temprano, a la campana de oración, y que entren y salgan hombres y mujeres por puertas diferentes, para que no continúen las graves ofensas contra Dios Nuestro Señor en la oscuridad de los callejones. Y por si fuera poco, el virrey ha decidido que se rebajen las entradas.

–¡Nunca me tendrá! –clama María–. ¡Por mucha guerra que me haga, nunca me tendrá!

María del Castillo, gran jefa de los cómicos de Lima, lleva intactos el donaire y la belleza que la han hecho célebre, y a los sesenta años largos se ríe todavía de las tapadas, que con el mantón se cubren un ojo: como ella tiene hermosos los dos, a cara descubierta mira, seduce y asusta. Era casi niña cuando eligió este oficio de maga; y hace medio siglo que hechiza gentíos desde los escenarios de Lima. Aunque quisiera, explica, ya no podría cambiar el teatro por el convento, que no la querría Dios por esposa después de tres matrimonios tan disfrutados. Por mucho que ahora los inquisidores la dejen sin marido y los decretos de gobierno pretendan espantar al público, María jura que no entrará en la cama del virrey.

–¡Nunca, nunca!

Contra viento y marea, solita y sola, ella seguirá ofreciendo obras de capa y espada en su corral de comedias, detrás del monasterio de San Agustín. De aquí a poco repondrá *La monja alférez*, del notable ingenio peninsular Juan Pérez de Montalbán, y estrenará un par de obras bien condimentadas, para que todos bailen y canten y tiemblen de emoción en esta ciudad donde nunca pasa nada, tan aburrida que en un bostezo se te mueren dos tías.

1631
Guatemala Antigua

Una tarde de música en el convento de la Concepción

En el jardín del convento, Juana canta y tañe el laúd. Luz verde, troncos verdes, verde brisa: estaba muerto el aire hasta que ella lo ha tocado con las palabras y la música.

Juana es la hija del juez Maldonado, que reparte los indios de Guatemala en labranzas, minas y talleres. De mil ducados fue la dote para su matrimonio con Jesús, y en el convento la sirven seis esclavas negras. Mientras Juana canta letras propias o ajenas, las esclavas, paradas a distancia, escuchan y esperan.

El obispo, sentado ante la monja, no puede contener las muecas. Mira la cabeza de Juana inclinada sobre el mástil del laúd, el cuello desnudo, la boca abriéndose, alumbrosa, y se da orden de estarse quieto. Es fama que jamás muda de expresión al dar un beso o un pésame, pero ahora se frunce esa cara inmutable: se le tuerce la boca y le aletean, sublevados, los párpados. Su firme pulso parece ajeno a esta mano que sostiene, temblequeando, una copita.

Las melodías, alabanzas de Dios o melancolías profanas, se elevan en el follaje. Más allá se alza el verde volcán de agua y el obispo quisiera concentrarse en aquellos sembradíos de maíz y de trigo y en los manantiales que brillan en la ladera.

Ese volcán tiene presa el agua. Quien se le arrima escucha hervores de marmita. La última vez que vomitó, hace menos de un siglo, ahogó la ciudad que Pedro de Alvarado había fundado al pie. Aquí, cada verano tiembla la tierra, prometiendo furias; y vive la ciudad en vilo, entre dos volcanes que le cortan la respiración. Este la amenaza con el diluvio. El otro, con el infierno.

A espaldas del obispo, frente al volcán de agua, se alza el volcán de fuego. Las llamas que asoman por la boca permiten leer cartas a una legua, en plena noche. De tiempo en tiempo suena un trueno de cañones y el volcán bombardea el mundo a pedradas: dispara rocas tan grandes que no las moverían veinte mulas y llena el cielo de ceniza y el aire de azufre que apesta.

Vuela la voz de la muchacha.

El obispo mira el suelo, queriendo contar hormigas, pero se le deslizan los ojos hacia los pies de Juana, que los zapatos ocultan y delatan, y la mirada recorre todo ese cuerpo bien labrado que palpita bajo el hábito blanco, mientras la memoria despierta súbitamente y lo viaja hacia la infancia. El obispo recuerda aquellas ganas que sentía, incontenibles, de morder la hostia en plena misa, y el pánico de que la hostia sangrara; y después navega

por un mar de palabras no dichas y cartas no escritas y sueños no contados. De tanto callar, el silencio suena. El obispo advierte de pronto que hace un buen rato que Juana ha dejado de cantar y tocar.

El laúd reposa sobre sus rodillas y mira al obispo, muy sonreída, con esos ojos que ni ella se merece. Un aura verde le flota alrededor.

El obispo sufre un ataque de tos. El anís cae al suelo y se le ampollan las manos de tanto aplaudir.

–¡Te haré superiora! –chilla–. ¡Te haré abadesa!

Coplas populares del que ama callando

Quiero decir y no digo
y estoy sin decir diciendo.
Quiero y no quiero querer
y estoy sin querer queriendo.

Tengo un dolor no sé dónde,
nacido de no sé qué.
Sanaré yo no sé cuándo
si me cura quien yo sé.

Cada vez que me miras
y yo te miro,
con los ojos te digo
lo que no digo.
Como no te hallo
te miro y callo.



1633
Pinola

Gloria in excelsis Deo

La nigua es más pequeña que una pulga y más feroz que un tigre. Se mete por los pies y tumba al que se rasca. No ataca a los indios, pero no perdona a los extranjeros.
Dos meses ha pasado en guerra el padre Thomas Gage, echado en cama, y mientras celebra su victoria contra la nigua, hace un balance del tiempo vivido en Guatemala.
A no ser por la nigua, no se puede quejar. En los pueblos lo reciben al son de las trompetas, bajo palio de ramajes y flores. Tiene los criados que quiere y un palafrenero le lleva el caballo de la brida.
Cobra su sueldo, puntualmente, en plata, trigo, maíz, cacao y gallinas. Las misas que ofrece aquí en Pinola y en Mixco se pagan aparte, y aparte los bautismos, matrimonios y entierros, y las oraciones que reza por encargo para conjurar langostas, pestes o terremotos. Si se incluyen las ofrendas a los santos a su cargo, que tiene muchos, y las de Nochebuena y Semana Santa, el padre Gage recibe más de dos mil escudos por año, libres de polvo y paja, además del vino y la sotana gratis.
El sueldo del cura viene de los tributos que pagan los indios a don Juan de Guzmán, dueño de estos hombres y estas tierras. Como sólo pagan tributo los casados, y los indios son rápidos en el saber y maliciar, los funcionarios obligan al matrimonio a los niños de doce y trece años y los casa el cura mientras les crece el cuerpo.

1634
Madrid

¿Quién se escondía bajo la cuna de tu esposa?

El Consejo Supremo del Santo Oficio de la Inquisición, velando por la limpieza de la sangre, decide que en lo sucesivo se hará una prolija investigación antes de que sus funcionarios contraigan matrimonio.
Todos los que trabajan para la Inquisición, el portero y el fiscal, el torturador y el verdugo, el médico y el pinche de cocina, deberán presentar la genealogía de dos siglos de la mujer que han elegido, para evitar que casen con personas infectas.
Personas infectas, o sea: con litros o gotas de sangre india o sangre negra, o con tatarabuelos de fe judía o cultura islámica o devoción de cualquier herejía.

1636
Quito

La tercera mitad

Durante veinte años largos ha sido el mandamás del reino de Quito, presidente del gobierno y rey del amor, la baraja y la misa. Todos los demás caminan o corren al paso de su cabalgadura.

En Madrid, el Consejo de Indias lo ha declarado culpable de cincuenta y seis fechorías, pero la mala noticia no ha cruzado todavía la mar. Tendrá que pagar multa por la tienda que hace veinte años instaló en la audiencia real, para vender las sedas y las tafetas chinas que había traído de contrabando, y por infinitos escándalos con casadas, viudas y vírgenes; y también por el casino que instaló en la sala de bordar de su casa, al lado de la capilla privada donde comulgaba todos los días. Las ruedas de naipes han dejado a don Antonio de Morga doscientos mil pesos de ganancias por las entradas que ha cobrado, sin contar las hazañas de sus ágiles dedos desplumadores.

(Por deudas de diez pesos, don Antonio ha condenado a muchos indios a pasar el resto de sus vidas atados a los telares en los obrajes.)

Pero la resolución del Consejo de Indias todavía no ha llegado a Quito. No es eso lo que preocupa a don Antonio.

Está de pie en la sala, desnudo ante el espejo labrado en oro, y ve a otro. Busca su cuerpo de toro y no lo encuentra. Bajo el soposo vientre y entre las piernas flacas cuelga, muda, la llave que había sabido abrir todas las cerraduras de mujer.

Se busca el alma y el espejo no la tiene. ¿Quién ha robado la mitad piadosa del hombre que daba sermones a los frailes y era más devoto que el obispo? ¿Y el fulgor en sus ojos de místico? Sólo hay apagones y arrugas sobre la blanca barba.

Don Antonio de Morga da unos pasos hasta rozar el espejo y pregunta por su tercera mitad. Tiene que haber una región donde han buscado refugio los sueños soñados y olvidados. Tiene que haberla: un lugar donde los ojos, gastados de tanto mirar, hayan guardado los colores del mundo; y los oídos, ya casi sordos, las melodías. Busca algún sabor invicto, algún aroma que no se haya desvanecido, alguna tibieza que persista en la mano.

No reconoce nada que esté a salvo y merezca quedarse. El espejo sólo devuelve a un viejo vacío que morirá esta noche.

1637
Boca del río de Sucre

Dieguillo

Hace unos días, el padre Thomas Gage aprendió a escapar de los caimanes. Si uno huye en zig zag, los caimanes se desconciertan. Ellos sólo saben correr en línea recta.

En cambio, nadie le ha enseñado a escapar de los piratas. Pero, ¿acaso conoce alguien la manera de huir de dos buenos navíos holandeses en una fragata lenta y sin cañones?

Recién salida a la mar Caribe, la fragata arría las velas y se rinde.

Más desinflada que las velas, yace por los suelos el alma del padre Gage. Con él viaja todo el dinero que ha juntado en América durante los doce años que pasó salvando sacrílegos y arrancando muertos del infierno.

Los esquifes van y vienen. Se llevan los piratas el tocino, la harina, la miel, las gallinas, la grasa y los cueros. También casi toda la fortuna que el cura traía en perlas y en oro. No toda, porque le han respetado la cama y él había cosido al colchón buena parte de sus bienes.

El capitán de los piratas, un mulato fornido, lo recibe en su camarote. No le da la mano, pero le ofrece asiento y un jarro de ron con pimienta. Un sudor frío brota de la nuca del cura y le recorre la espalda. Apura un trago. Al capitán Diego Grillo lo conoce de oídas. Sabe que pirateaba a las órdenes del temible Pata de Palo y que ahora roba por su cuenta, con patente de corso de los holandeses. Dicen que Dieguillo mata por no perder la puntería.

El cura implora, balbucea que no le han dejado más que la sotana que lleva puesta. Mientras le llena el jarro, el pirata cuenta, sordo, sin parpadear, los maltratos que sufrió cuando era esclavo del gobernador de Campeche.

–Mi madre es esclava, todavía, en La Habana. ¿No conoces a mi madre? Es tan buena, la pobre, que da vergüenza.

–Yo no soy español –gimotea el cura–. Yo soy inglés –dice y repite, en vano–. Mi nación no es enemiga de la vuestra. ¿No son buenas amigas, Inglaterra y Holanda?

–Hoy gano, mañana pierdo –dice el corsario. Retiene un buche de ron, lo envía de a poquito a la garganta.

–Mira –ordena, y se arranca la casaca. Muestra la espalda, los costurones de los azotes.

Se escuchan ruidos que vienen de cubierta. El sacerdote los agradece,



porque ocultan los latidos de su corazón desbocado.
–Yo soy inglés...
Una vena late, desesperada, en la frente del padre Gage. La saliva se niega a pasar por la garganta.
–Llevadme a Holanda. Os lo ruego, señor, llevadme a Holanda. ¡Por favor! No puede un hombre generoso abandonarme así, desnudo y sin...
De un tirón, el capitán desprende su brazo de las mil manos del cura. Golpea el piso con un bastón y dos hombres acuden.
–¡Fuera con él!
Se despide de espaldas, mientras se mira al espejo.
–Si pasas por La Habana –dice–, no dejes de visitar a mi madre. Dale memorias. Dile... Dile que me va muy bien.
Mientras regresa a su fragata, el padre Gage siente calambres en la barriga. Andan picadas las olas y el cura maldice a quien le dijo, allá en Jerez de la Frontera, hace doce años, que estaba América empedrada de oro y plata y que había que caminar con cuidado para no tropezar con los diamantes.

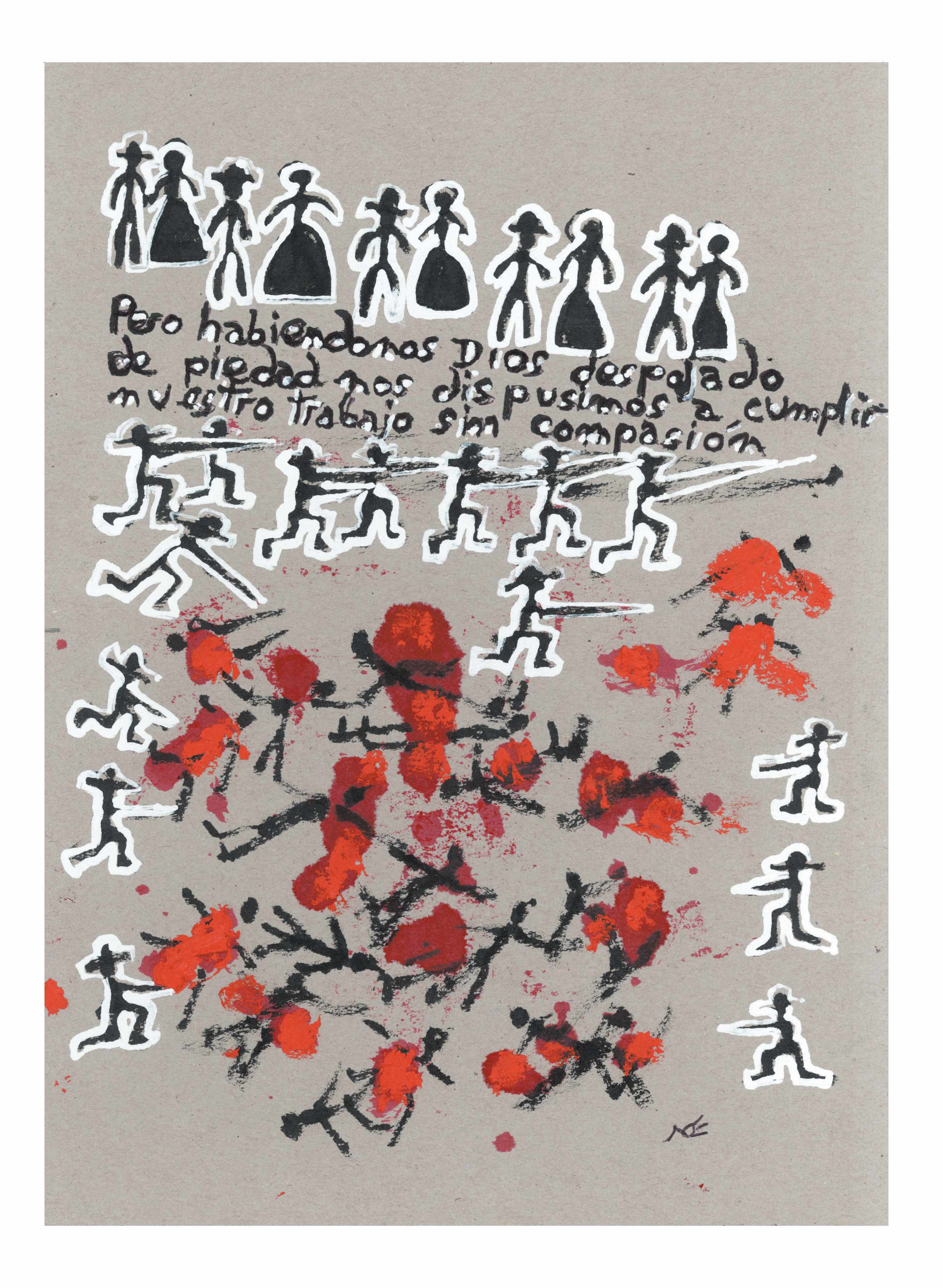
1637
Bahía de Massachusetts

“Dios es inglés”,

dijo el piadoso John Aylmer, pastor de almas, hace unos cuantos años. Y John Winthrop, fundador de la colonia de la bahía de Massachusetts, afirma que los ingleses pueden apropiarse de las tierras de los indios tan legítimamente como Abraham entre los sodomitas: lo que es común a todos no pertenece a nadie. Este pueblo salvaje mandaba sobre vastas tierras sin título ni propiedad. Winthrop es el jefe de los puritanos que llegaron en el Arbella, hace cuatro años. Vino con sus siete hijos. El reverendo John Cotton despidió a los peregrinos en los muelles de Southampton asegurándoles que Dios los conduciría volando sobre ellos como un águila, desde la vieja Inglaterra, tierra de iniquidades, hacia la tierra prometida.

Para construir la nueva Jerusalén en lo alto de la colina vienen los puritanos. Diez años antes del Arbella, llegó el Mayflower a Plymouth, cuando ya otros ingleses, ansiosos de oro, habían alcanzado, al sur, las costas de Virginia. Las familias puritanas huyen del rey y sus obispos. Dejan atrás los impuestos y las guerras, el hambre y las pestes. También huyen de las amenazas del cambio en el viejo orden. Como dice Winthrop, abogado de Cambridge nacido en cuna noble, Dios todopoderoso, en su más santa y sabia providencia, ha dispuesto que en la condición humana de todos los tiempos unos han de ser ricos y otros pobres; unos altos y eminentes en poder y dignidad y otros mediocres y sometidos.

La primera vez vieron los indios una isla andante. El mástil era un árbol, y las velas, blancas nubes. Cuando la isla se detuvo, los indios se acercaron, en sus canoas, para recoger fresas. En lugar de fresas, encontraron la viruela. La viruela arrasó las comunidades indias y despejó el terreno a los mensajeros de Dios, elegidos de Dios, pueblo de Israel en las arenas de Canaán. Como moscas han muerto los que aquí vivían desde hace más de tres mil años. La viruela, dice Winthrop, ha sido enviada por Dios para obligar a los colonos ingleses a ocupar las tierras desalojadas por la peste.


Pero habiendonos Dios despojado
de piedad nos dispusimos a cumplir
nuestro trabajo sin compasión

1637
Mystic Fort

Del testimonio de John Underhill, puritano de Connecticut, sobre una matanza de indios pequot

Ellos no sabían nada de nuestra llegada. Estando cerca del fuerte, nos encomendamos a Dios y suplicamos Su asistencia en tan pesada empresa...
No pudimos sino admirar a la Divina Providencia cuando nuestros soldados, inexpertos en el uso de las armas, lanzaron una descarga tan cerrada que parecía que el dedo de Dios hubiera encendido la mecha con el pedernal. Al romper el día, la andanada provocó terror en los indios, que estaban profundamente dormidos, y escuchamos los más lastimeros gritos. Si Dios no hubiera preparado los corazones nuestros para Su servicio, hubiéramos sido movidos a conmiseración. Pero habiéndonos Dios despojado de piedad, nos dispusimos a cumplir nuestro trabajo sin compasión, considerando la sangre que los indios habían derramado cuando trataron bárbaramente y asesinaron a unos treinta de nuestros compatriotas. Con nuestras espadas en la mano derecha y nuestras carabinas o mosquetes en la mano izquierda, atacamos... Muchos murieron quemados en el fuerte... Otros fueron forzados a salir y nuestros soldados los recibían con las puntas de las espadas. Cayeron hombres, mujeres y niños; los que escapaban de nosotros, caían en manos de nuestros indios aliados, que esperaban en la retaguardia. Según los indios pequot, había unas cuatrocientas almas en ese fuerte, y ni siquiera cinco lograron escapar de nuestras manos. Grande y lastimosa fue la visión de la sangre para los jóvenes soldados que nunca habían estado en guerra, viendo tantas almas que yacían boqueando en el suelo y tan amontonadas que en algunas partes no se podía pasar.
Se podría preguntar: ¿Y por qué tanta furia? (Como alguien ha dicho.) ¿No deberían los cristianos tener más clemencia y compasión? Y yo respondo recordando la guerra de David. Cuando un pueblo ha llegado a tal colmo de sangre y pecado contra Dios y el hombre, David no respeta a las personas, sino que las desgarra y las destroza con su espada y les da la muerte más terrible. A veces las Escrituras declaran que las mujeres y los niños deben perecer junto a sus padres. A veces se dan casos distintos, pero no vamos a discutir sobre eso ahora. Suficiente luz recibimos de la Palabra de Dios para nuestros procederes.

1639
Lima

Martín de Porres

Tocan a muerto las campanas de la iglesia de Santo Domingo. A la luz de las velas, bañado en sudores de hielo, Martín de Porres ha entregado su alma después de mucho pelear contra el Demonio con el auxilio de María Santísima y santa Catalina Virgen y Mártir. Murió en su cama, con una piedra por almohada y una calavera al lado, mientras el virrey de Lima, de rodillas, le besaba la mano y le rogaba que intercediera para que le hicieran un lugarcito allá en el Cielo.

Martín de Porres había nacido de una esclava negra y de su amo, caballero de abolengo y puro solar español, que no la embarazó por disponer de ella como cosa, sino por aplicar el principio cristiano de que en la cama todas son iguales ante Dios.

A los quince años, Martín fue donado al convento de los frailes dominicos. Aquí vivió sus trabajos y milagros. Nunca lo ordenaron sacerdote, por ser mulato; pero abrazando con amor la escoba, ha barrido cada día los salones, los claustros, la enfermería y la iglesia. Navaja en mano afeitaba a los doscientos curas del convento; atendía a los enfermos y distribuía la ropa limpia con aroma de romero.

Cuando supo que el convento sufría penurias de dinero, se presentó ante el prior:

–Ave María.

–Gratia plena.

–Venda vuesa merced a este perro mulato –se ofreció.

Acostaba en su cama a los mendigos ulcerosos de la calle y oraba de rodillas durante toda la noche. Lo hacía blanco de nieve la luz sobrenatural; blancas llamas salían de su rostro cuando cruzaba el claustro a medianoche, volando cual divino meteoro, rumbo a la soledad de la celda. Atravesaba puertas cerradas con candado y rezaba, a veces, arrodillado en el aire, lejos del suelo; los ángeles lo acompañaban al coro llevando luces en las manos. Sin salir de Lima consolaba a los cautivos en Argel y salvaba almas en Filipinas, China y Japón; sin moverse de su celda, tocaba las campanadas del ángelus. Curaba a los moribundos con paños mojados en sangre de gallo negro y polvos de sapo y

mediante conjuros aprendidos de su madre. Con el dedo rozaba una muela y suprimía el dolor y convertía en cicatrices las heridas abiertas; hacía blanco el azúcar oscuro y apagaba incendios con la mirada. El obispo tuvo que prohibirle tanto milagro sin permiso.

Después de los maitines se desnudaba y se azotaba la espalda con un látigo de nervios de buey rematado en gruesos nudos, y mientras se arrancaba sangre gritaba:

–¡Perro mulato vil! ¿Hasta cuándo ha de durar tu vida pecadora?

Con ojos suplicosos, lacrimosos, siempre pidiendo perdón, pasó por el mundo el primer santo de piel oscura del blanquísimo santoral de la Iglesia católica.



1639
San Miguel de Tucumán

De una denuncia contra el obispo de Tucumán, enviada al Tribunal de la Inquisición en Lima

Con la sinceridad y verdad que a tan santo Tribunal se debe hablar, denuncio de la persona del reverendo obispo de Tucumán, don Fr. Melchor Maldonado de Saavedra, del cual he oído cosas gravísimas sospechosas en nuestra santa fe católica, y corren generalmente entre todo este obispado. Que en Salta, estando confirmando, llegó una niña de buen parecer, y la dijo: "Mejor es vuestra merced para tomada que para confirmada"; y en Córdoba este pasado año de 1638 llegó otra en presencia de mucha gente y alzándose la saya dijo: "¡Zape! Que no la he de confirmar para abajo sino para arriba"; y con la primera se amancebó con publicidad...